

LOS AMADÍNIDOS — AMADINÆ

CARACTÉRES.—El África, el sur de Asia y la Nueva Holanda están habitados por numerosos pajarillos de plumaje variado por lo regular y de ricos matices; cuerpo recogido; pico grueso y no ganchudo; alas medianas: cola corta y de ordinario cónica con las dos pennas medias muy largas á veces, y endebles los tarsos. Aseméjase mucho á nuestros fringílidos, aunque pertenecen evidentemente á un tipo especial. Los dos sexos tienen poco más ó menos el mismo plumaje; pero es mucho más brillante el de los machos: con frecuencia difiere el de los pequeños del de sus padres.

No se ha determinado aun con certeza cuál es el número de los grupos genéricos que se pueden formar con los amadínidos: se reconocen hoy muchos; pero se necesita ser muy práctico para distinguirlos, pues solo una vista muy ejercitada es capaz de reconocer las diferencias que presentan.

USOS, COSTUMBRES Y RÉGIMEN.—Los amadínidos son unos pájaros pequeños, alegres, vivaces y lijeros, que animan los sitios donde se encuentran; rara vez viven aislados; forman por lo regular familias, y á veces bandadas muy numerosas, que pueblan los bosques de las estepas. Algunas especies permanecen en los juncuales y las altas yerbas que cubren las llanuras en una extensión de varios kilómetros; otras frecuentan los parajes más secos y áridos. Cuando no están en celo, cruzan los aires sin cesar, buscando su alimento; los machos cantan con ardor, casi todo el año; algunos producen sonidos agradables; pero otros los emiten muy pobres y ninguno de ellos puede rivalizar con los pájaros cantores de nuestros países. Los sonidos que dejan oír se reducen á varias notas dulces y lánguidas que parecen pronunciadas por un ventrílocuo.

En cuanto á su agilidad, los amadínidos no ceden á ningún otro pájaro: vuelan bien, algunos con la rapidez de la flecha, y aletean ruidosamente; á pesar de sus endebles patas, muévense lijeramente por tierra y por los tallos de las yerbas y de las cañas; algunos se cuelgan de las ramas como los paros.

La época del celo comienza á menudo en la primavera y se prolonga hasta el verano; los más de estos pájaros cubren todavía cuando los calores del estío agostan el país; verdad es que á ellos no les alcanza la miseria general, por ser esta la época en que maduran los granos de la juncáceas y de las gramíneas, que constituyen su principal alimento. También encuentran suficientes insectos para dar de comer á sus pequeños, cuyo número es de tres á seis en cada puesta.

Á pesar de la belleza de su plumaje, de la dulzura de sus costumbres y de la facilidad con que se domestican, los amadínidos no son más queridos que otros muchos pájaros. Devastan las plantaciones, y es de todo punto preciso ahuyentarlos: el hombre los mata sin compasión, y tiene además numerosos enemigos, entre los que figuran todos los carnívoros, las aves de rapiña de su patria, desde el halcón hasta el gato salvaje, algunos marsupiales, y hasta las serpientes y los grandes lagartos. Constituyen también el acostumbrado alimento de ciertos halcones.

CAUTIVIDAD.—Hace ya mucho tiempo que se venden estos pájaros en nuestros mercados europeos con el nombre de *bengalis*, pues apenas llega un buque de Australia ó de la costa occidental de África sin que traiga un cargamento de estos preciosos séres. En Europa encuentran numerosos aficionados, pues se les estima más que en su país. Cuidándolos bien, lo cual no es difícil, soportan la cautividad durante algunos años; y se reproducen cuando se hallan en buenas condiciones. Cierta observador ha estudiado las costumbres de una de las especies durante todo un período del celo, y ya veremos, al reproducir su descripción hasta qué punto merecen estos pájaros el interés de los aficionados.

LOS AMADINOS — AMADINA

CARACTÉRES.—Pico muy fuerte, casi tan ancho y alto como largo; mandíbula superior aplanada en la base, y que avanza arqueándose sobre la frente; mandíbula inferior muy ancha; alas de

mediana extensión, con las tres primeras pennas más prolongadas é iguales casi entre sí; cola corta y redondeada, son los caracteres que distinguen á los amadínidos.

EL AMADINO DE COLLAR — AMADINA FASCIATA

CARACTÉRES.—Este pájaro, bien conocido en todos los puertos de mar con el nombre de *cuello cortado*, tiene 0^m 14 de largo; el ala mide 0^m 06 y su cola cerca de 0^m 05. El color del macho es pardo leonado, muy agradable, pero difícil de precisar; el lomo es más oscuro que el vientre y está ondulado de negro; algunas plumas del pecho y de los costados tienen una mancha negra en forma de V; de uno á otro ojo se corre una faja ancha de rojo carmin, pasando por las mejillas y la garganta, que son blancas. Las cobijas superiores del ala tienen en su extremidad una gran mancha gris rojiza, rodeada de un semi-círculo negro que le hace resaltar más; las rémiges son pardas, orilladas de leonado; las rectrices de un negro mate en la cara superior y grises en la inferior, y las barbas externas de las pennas laterales blancas. Las otras presentan en su extremo una mancha del mismo color, excepto las dos medias, que son completamente negras. El iris es pardo, y las patas y el pico de este mismo tinte más pálido (fig. 48).

La hembra se diferencia del macho por sus colores menos vivos y la falta del collar rojo.

La especie ofrece numerosas variedades.

DISTRIBUCION GEOGRÁFICA.—Se ven tantos amadínidos de collar en Europa, que se deduce desde luego cuán comunes deben ser en su país. Se les conoce desde hace muchos siglos como habitantes del África occidental; pero no existe solo en esta parte del continente; su hábitat se prolonga hasta las costas orientales.

USOS, COSTUMBRES Y RÉGIMEN.—En los valles del Nilo se encuentra el amadino de collar desde el 16° de latitud norte en todos los bosques de poca espesura de las estepas. Evita el desierto propiamente dicho, y solo aparece en la región de las lluvias si bien muy numeroso; no se encuentra en las selvas vírgenes que bordean las dos orillas del Nilo, ó por lo menos, no se aventura en ellas sino por casualidad, y solo de paso. Estos grandes bosques, efectivamente, no le proporcionan un alimento tan abundante como el que encuentra en los puntos donde el terreno está tapizado de gramíneas y plantas bajas. Yo no sé si come frutos, mas no parece que lo haga en el África oriental, verdad es que allí no encontraría más que las bayas del azufaífo. Sin embargo, los individuos cautivos picotean los frutos que les dan, y puede suponerse por lo tanto, que aun estando libres, no desprecian los amadínidos semejante alimento cuando lo pueden adquirir, por más que se nutran principalmente de granos, sobre todo de las gramíneas.

En el África oriental se encuentran de ordinario los amadínidos en bandadas de diez á doce individuos; nunca los he visto apareados, si bien es verdad que tampoco los observé en la época del celo. Á veces se reúnen varias tribus y recorren juntas el país, acercándose sin temor á los pueblos, porque saben que les protegen las leyes de la hospitalidad. Se les vé saltar por las ramas de los árboles ó por el suelo: bajan á tierra por la mañana para buscar su alimento; trepan poco, ó acaso nunca á lo largo de las yerbas, como lo hacen otras especies afines; si se les molesta vuelan á un árbol próximo, donde las hembras alisan y peinan su plumaje y los machos comienzan á cantar. Cuando vuelve á reinar el silencio bajan de nuevo á tierra: si aparece un ave de rapiña, toda la bandada emprende su vuelo con la rapidez de la flecha, y busca refugio en la espesura de un matorral espinoso. Los amadínidos descansan en medio del día en las ramas de un árbol bien poblado, donde dormitan, y vuelven después á buscar su alimento.

Nunca he visto el nido del amadino de collar: solo sé que en el África oriental, por lo menos, se declara el período del celo en setiembre y octubre, época que corresponde al fin de nuestra primavera.

CAUTIVIDAD.—En el valle superior del Nilo no deben temer los amadínidos sino á sus terribles adversarios, las pequeñas aves de

rapiña y algunos carnívoros. Los habitantes del Sudan se contentan con alejarlos de sus cultivos; y por lo tanto no es allí donde se cojen estos pájaros, pudiendo asegurar que durante mi permanencia en aquellos países no vi uno solo en jaula. Del África occidental es de donde llegan los más, siendo las orillas del Gambia el principal punto de reunión de estos pajareros. Rara vez se traen solo á Europa amadínidos de collar, pues por lo común se mezclan con otras especies análogas. Reunidos á centenares en una jaula, estos pájaros, á los cuales no se da sino un mezquino alimento, llegan casi todos vivos á nuestros países; pero flacos, desplumados y miserables, bastando algunas semanas de reposo y un poco de cuidado para que se recobren completamente.

Se conservan los amadínidos en grandes pajareras, donde viven en buena armonía con sus semejantes, ó bien se ponen parejas en jaulas pequeñas con objeto de que aniden; pero es preciso que estén separadas unas de otras, pues de lo contrario pelearían los machos cuando están en celo.

Los amadínidos de collar son muy agradables en jaula, pues tienen una índole tan dulce y amante como la de las tórolas; macho y hembra se esfuerzan por complacerse mutuamente y se dispensan las mayores pruebas de afecto. Pocos pájaros exóticos hay que aniden con más facilidad; si están en sitio bastante abrigado y no se les molesta mucho, es seguro que se reproducirán. Macho y hembra construyen el nido; cubren alternativamente los huevos, y se encargan los dos de cuidar á su prole. Mientras cubre la hembra, apenas tiene el macho tiempo para cantar, pues solo se ocupa de atender á su compañera; está continuamente á su lado; no la pierde un instante de vista y pasa la noche en el nido, llamándola con un sonido que repite á menudo y cuya equivalencia puede expresarse por *couitt, couitt*.

Construyen el nido con yerbas secas, heno y pelusilla de ciertas plantas; tiene la forma de un melon; está cerrado en la parte superior y presenta una abertura lateral por la que se vé el interior perfectamente relleno. Cada puesta es de cuatro á cinco huevos cuya cáscara está cubierta de pequeños puntos rojos. La incubación dura quince días: los hijuelos nacen con un espeso plumon; sus padres los alimentan al principio con yema de huevo y más tarde con hojas verdes, guisantes, granos de llanten, de pamplina, de crucíferas y de cerreja, húmedecidos todos en el buche.

La primera puesta se verifica por lo regular en el mes de enero, y va seguida de otras varias, que se suceden hasta el mes de agosto, época de la muda.

LOS ESPERMESTES — SPERMESTE

CARACTÉRES.—Estos pájaros se asemejan á los amadínidos: tienen el pico grueso y fuerte; la mandíbula superior presenta en su centro un ángulo poco saliente, y á partir de este vá formando entrante hácia la punta; las alas son relativamente grandes; la segunda rémige más larga y la primera más corta; la cola es mediana, marcadamente truncada, y el plumaje compacto.

EL ESPERMESTE DE CAPUCHA — SPERMESTES CUCULLATA

CARACTÉRES.—El espermeste de capucha, conocido también con el nombre vulgar de *pequeña pia*, representa la especie más conocida del género: tiene 0^m 09 de largo; el ala plegada mide cerca de 0^m 05 y la cola 0^m 03. El lomo es de un pardo negro brillante, más oscuro en el cuello y la cabeza; la parte inferior del cuerpo blanca; la rabadilla, las tectrices superiores é inferiores de la cola, y los costados, listados de blanco gris y de negro mate; á los lados del pecho se nota una gran mancha de color verde oscuro con lustre metálico. Las pennas de las alas y de la cola son completamente negras; las primeras tienen un viso gris en su cara inferior, el iris es pardo; la mandíbula superior negra, la inferior blanca, y las patas negras también.

DISTRIBUCION GEOGRÁFICA.—El espermeste de capucha es originario de la Gambia.

CAUTIVIDAD.—No conocemos las costumbres de este pájaro en estado libre; pero tenemos minuciosos detalles acerca de su manera de ser en cautividad, gracias á las observaciones muy concienzudas é interesantes de F. Schlegel, de quien tomamos la

siguiente narración: «He tenido cerca de un año una pareja de espermestes de capucha y otra de amadínidos de collar, las cuales habitaban la misma pajarera, provista de dos pequeñas salientes guarnecidas de alambre y destinadas á contener el alimento de los cautivos. Observé que mis pájaros tenían la costumbre de ponerse allí para descansar, no solo por la noche sino también de día; y queriendo yo saber si á semejanza de los troglodites y de los paros, podrían pasar por una estrecha abertura, puse á la entrada del pequeño compartimiento una hoja de cartón de dos dedos de ancho, la cual no les impidió en manera alguna salir y entrar. Entonces coloqué otra mayor, y no dejé al fin más que una abertura del diámetro de un duro, á través de la cual pasaron también los pájaros, pareciendo hasta que se complacían en franquear aquella angosta entrada. El mismo día deposité en la jaula los materiales necesarios para la construcción de un nido, tal como plumas, hilo, cerdas, etc.; los amadínidos y espermestes, que habían vivido hasta entonces en la mejor armonía, comenzaron á pelear para disputarse el mejor puesto, y desde aquel momento se interrumpió entre ellos la tranquilidad. Los amadínidos, por lo general muy pacíficos, y particularmente el macho, daban vigorosos picotazos á derecha é izquierda; y á tal punto llegó la excitación de los terribles espermestes, que sus antagonistas hubieron de cederles el campo. Despues de varias horas de lucha, me pareció oportuno separarlos; dejé á los espermestes donde estaban y puse á sus contrarios en otra jaula.

»Estábamos á fines de setiembre: los dos espermestes comenzaron á llevar hilo al sitio que eligieron, dejando á un lado las otras sustancias; y cuando tuvieron reunida cierta cantidad, trató de formar la hembra, ayudándose con la cabeza, un lecho que se apoyase contra el enrejado de la pequeña saliente; pero á cada esfuerzo que hacia, el monton que levantaba volvía á caer. Al ver aquello resolví ayudar al pájaro, y parecióme lo mejor darle algunos materiales más sólidos; introduje en la jaula pajas de heno, y observé que aquello era lo que necesitaban, pues apenas retiré la mano, precipitáronse los dos pájaros ansiosamente sobre el heno. Cada cual tomó en su pico una parte para llevarla al compartimiento: la hembra dejó caer la que tenía á la entrada del nido; y con la cabeza la introdujo en medio del hilo, formando un lecho como antes, el cual se apoyaba contra el enrejado de la saliente. El macho la siguió con heno en el pico, y lo puso de modo que se pudiese doblar debajo de la cabeza de su compañera. Cuando el lecho tuvo bastante grueso y solidez, introdujeron los dos pájaros hilo en medio del heno; y por último fué el conjunto bastante compacto para impedir que ningún rayo de luz pudiese penetrar en el nido por las varillas de la pajarera: solo para construir el armazón necesitaron tres horas. Llegada la noche se durmieron los espermestes, y á la mañana siguiente, muy temprano, sin detenerse apenas á comer y beber, volvieron á su nido, y rellenáronle de las sustancias más blandas que yo les había dado, tal como cerdas y tallos del cardo; pero no tocaron las plumas.

»Á partir del tercer día, permaneció la hembra con el macho en el nido durante muchas horas, preparándose, según vi más tarde, á poner y cubrir. Los dos pájaros hacían esto último, no alternativa sino simultáneamente; abandonaban juntos el nido para beber y comer y volvían del mismo modo. El 13 de octubre salió el macho con un huevo pegado en el pecho, y despues de haber satisfecho sus necesidades, trató inútilmente de desembarazarse de aquel apéndice, para lo cual se deslizó de nuevo en el nido: al cabo de cinco semanas hallé el huevo roto en el borde de la jaula.

»Dudando del éxito, al observar que la incubación era tan larga, determiné descubrir un poco el nido, y entonces vi, no sin sorpresa y alegría, varios pequeñuelos que acababan de salir del cascaron. Como la hembra los cubría ansiosa con su cuerpo, y me daba picotazos en los dedos, no pude averiguar con certeza cuál era el número.

»Daba yo casi siempre á mis pájaros guisantes, granos variados, hojas de lechuga y otras verdes, de las cuales se comían principalmente la parte fibrosa; pero desde aquel momento les puse los granos húmedecidos en agua, añadiendo huevos de hormigas mojados en leche, nuevo alimento que pareció gustar mucho á los padres. También les dí algunas veces, durante la incubación, un poco de manteca, la cual no desperdiciaban; también comían cáscara de huevo.

»El 15 de noviembre, diez y seis días despues de nacer, abandonaron el nido dos hijuelos; pero con mucha timidez; sus padres

les empujaban por detrás y los atraían despues enseñándoles el alimento: tenían todo su plumaje, y casi la misma talla del macho y la hembra. A los pocos días pudieron comer ya por sí solos, aunque á la manera de todos los pájaros jóvenes, gustábales que los alimentasen. Al efecto, colocábanse en línea, por lo regular entre sus padres, apoyándose por un lado en el macho y por otro en la hembra, gracioso cuadro de familia cuya paz se turbaba cuando los hijuelos se sentían acosados por el hambre. Cada pequeño se creía el favorecido; cada cual esperaba que sus quejas serian atendidas de preferencia á las de los otros, pero como nada adelantaban con esto, precipitábanse entonces, uno sobre la madre y otro sobre el padre; mientras que un tercero trepaba sobre una ramita para piar lastimeramente. Sin embargo, los hijuelos podian comer ya solos, y los padres parecían querer acostumbrarlos por medio del hambre á que cuidasen de sí propios. El macho, mas severo, ahuyentaba de un picotazo al mas importuno; al paso que la hembra, mas cariñosa, acababa por ceder é iba á buscar alimento, solo para que callase su progénie. Los hijuelos esperaban impacientes á que volviera; rodeábanla por todos lados; cada cual parecia mas hambriento, y la madre no sabia por donde comenzar.

»Mientras los hijuelos no pudieron comer solos, manifestáronse los padres mas cariñosos, no sometiendo á tan duras pruebas; los pequeños, por su parte, tampoco eran tan exigentes. Colocábanse en línea, esperando impacientes su racion, aunque sin precipitarse, y cuando la madre daba de comer al que estaba mas cerca tenían los otros el pico abierto, sin salirse de su sitio.

»Los padres daban verdaderas lecciones á su progénie: cuando creyeron llegado el momento de que los hijuelos se alimentaran por sí, poníanse al lado del comedero, y sin inquietarse de los gritos y de las quejas, comenzaban á picar los granos uno tras otro. Al fin bajaron los pequeños, aunque torpemente, hasta el fondo de la jaula, revoloteando ó dando volteretas; una vez allí, pidieron de comer á gritos, y acabaron por llegar al sitio donde se hallaba el alimento. El mas atrevido se aventuró á cojer un grano, y luego otro; imitáronle sus hermanitos, y á las pocas horas sabian ya todos comer.

»Los padres se dirigieron despues hácia el abrevadero, no para beber sino para bañarse, lo cual hacen varias veces al día, aunque sea durante la incubacion, en que necesitan comunicar calor á su progénie. Con frecuencia los he visto sacudir sus plumas para enjugarse lijeramente, y volver al nido apenas salian del baño.

»Segun he dicho antes, dirijiense el macho y la hembra al abrevadero, posábanse en el borde del vaso; bebían primero, introduciendo luego el pico en el agua, y movian fuertemente la cabeza para lanzar el líquido á su alrededor. Los pequeños, que les habian seguido, miraban á sus padres con curiosidad; y la primera vez que se sintieron mojados, asustáronse un poco, sacudiendo sus plumas; pero bien pronto les agradó el baño, y trataron de imitar al padre y á la madre. De repente desaparece esta en el agua, y lanza una menuda lluvia sobre sus hijuelos, que huyen presurosos; pero la hembra los sigue, se sacude, y los moja otra vez. El padre se baña tambien, y animados, al fin, los pequeños, avanza el mas atrevido, introduce el pico en el agua, adelanta una pata y trata de hacer pié; pero pierde el equilibrio, cae dentro de la vasija y vuelve á salir al momento. No obstante, repite de nuevo el ensayo y reconoce al fin que no hay peligro en ello; sus hermanos le imitan uno á uno, y bien pronto van todos á bañarse diariamente.

»Los padres se manifestaron entonces dispuestos á cubrir por segunda vez: hacia ya mucho tiempo que iban á descansar por la tarde al rincón opuesto al en que habian hecho el primer nido; y alejábanse del tumulto de su progénie. Rara vez se atrevia á seguirlos algun hijuelo, pues si el macho y la hembra les habian guardado antes ciertas consideraciones, no se mostraban ya dispuestos á tolerar que continuasen siendo importunos. Cumplieron, sin embargo, fielmente los deberes paternales, y pasaban la noche con sus hijos, oprimiéndose todos de tal manera en su estrecho nido, que el enrejado se dobló. Por último, los pequeños no necesitaron ya los cuidados de sus padres; y entonces se retiraron estos á la segunda percha de la jaula, para pasar la noche, sin permitir que sus hijos penetrasen allí; desde entonces no se ocuparon ya en otra cosa sino en preparar su nido; los hijuelos se permitieron molestarles alguna vez; pero el macho y la hembra los castigaban á picotazos, siéndome entonces preciso trasladarlos á otra parte. Así acabó aquel cuadro de familia que diariamente me ofrecia nuevas obser-

vaciones interesantes, distrayéndome de la manera mas agradable en medio de los rigores del invierno.

»Yo limpié la entrada del nido, aunque creía que los espermestes iban á trasladarse á otro lugar de la jaula, toda vez que llevaban allí los materiales; pero volvieron á su antiguo sitio; comenzaron á reparar su nido, y tres días despues de haberse separado de su primera progénie, dieron principio á la incubacion. Aquella vez puso la hembra cinco huevos, y despues de cubrirlos catorce días, dominado yo por la mas viva impaciencia, fui á examinar el nido. Una débil voz me anunció que mis esperanzas se habian realizado; los padres parecían tan satisfechos como yo mismo, y sus pruebas de amor eran mas vivas; á los diez y seis días abandonó el nido uno de los hijuelos, y cuatro despues toda la pollada.



Fig. 48.—EL AMADÍN DE COLLAR

»Dos días mas tarde, era el 5 de febrero, los padres construyeron su tercer nido, en el que se quedaron desde la mañana siguiente: el 19 encontré ya un huevo; y la incubacion se prolongó aquella vez sin interrumpirse (ó al menos yo no lo noté) hasta el 18 de marzo; la impaciencia y la curiosidad me indujeron á examinar el nido y hallé cinco huevos. El 30 de marzo ví un polluelo, nacido probablemente la vispera; el 6 de abril no percibí ninguna voz en la pollada; los padres parecían asaz indiferentes, y entonces observé que su único hijuelo se habia ahogado debajo de los cuatro huevos restantes. Era de suponer que el macho y la hembra quisieron quitar sin duda los que estaban hueros, y durante aquella operacion matarian al pajarillo.

»El 11 de abril encontré otro huevo, y el 15 cinco: el 27 asomaron dos polluelos, que parecían tener uno ó dos días; pero no quedaban restos de la puesta; todo habia desaparecido.

»El 1.º de junio, y despues de haber separado los dos individuos de aquella pollada, volvieron á cubrir los padres; el 24 de junio salieron á luz seis pequeños que permanecieron con el macho y la hembra hasta el 21 de julio.

»El 2 de agosto tuvieron una nueva puesta de cuatro y luego otra de dos: el 20 abandonaron el cascaron los seis pollos; pero el macho parecia demasiado ardiente, pues aun no tenían diez días aquellos, y ya comenzaba á preparar un nuevo nido. La hembra, sin embargo, bien fuera por estenuacion ó porque necesitaba cuidar de su progénie, evitaba las caricias de su compañero, y se refugió en medio de sus hijos; pero el macho, veinte y dos veces padre, la persiguió hasta allí. El pobre pájaro no sabia donde

meterse, y como viera de pronto la abertura que habia practicado yo con el dedo en el tejadillo del nido, para observar la incubacion, lanzóse por él, y por la ventana abierta salió al jardín.

»Aquel era un sensible contratiempo, pues los seis polluelos necesitaban aun mucho de los cuidados maternales: acercábase la noche; el macho se disponia ya á entregarse al reposo, y habiendo ocupado su nido despues de comer y beber, comenzó á dormir. Inútil fué que sacase yo la jaula al jardín, pues el pájaro no hizo aprecio de las quejas lastimeras de la hembra, oculta en un espeso nogal, donde no podiamos verla. Todo estaba silencioso: los sonidos que producía la pobre madre iban siendo cada vez mas escasos y débiles; hubiérase dicho que sumida en el mayor abatimiento, exhalaba de vez en cuando alguna queja á fin de aliviar su oprimido corazón. Por fin reinó el silencio; al rayar el día, ya estaba yo en el jardín, y entonces coloqué la jaula de manera que pasase la luz por la entrada del nido. Aun no se oia ningun pájaro; siempre sola en su nogal, la hembra del espermeste habia comenzado á lanzar al aire sus quejas; y bien pronto, aunque no tanto como yo deseaba, oí piar á los seis hijuelos hambrientos. El padre se vió entonces precisado á salir de su abrigado nido, exponiéndose al aire fresco de la mañana para dar de comer á su progénie; y me pareció notar que estaba inquieto. Apenas oyó piar, lanzóse la hembra del árbol donde habia permanecido hasta entonces, y fué á posarse en un ciruelo situado cerca de la jaula. Habia tenido yo cuidado de poner al rededor varias varetas de liga, y me oculté á poca distancia, acompañado de un excelente pajarero, á quien mandé venir expresamente. El macho contestó á la hembra, que animándose entonces, llegó á revolotear junto á la jaula, buscando una abertura, mas no se posó. En su consecuencia resolvimos poner otras varetas al pié mismo de aquella: al vernos la madre, refugióse en un árbol próximo, pero apenas nos alejamos, saltó á tierra, y pasó por en medio de las varetas, procurando penetrar en la jaula; luego quiso volar, aunque inútilmente, pues quedó cojida por la cabeza y las alas. El pajarero se lanzó al momento para quitar las varetas; yo coji la jaula, y volvimos á entrar en mi habitacion, teniendo cuidado de cerrar puertas y ventanas. Era preciso limpiar el plumaje de la hembra, y cuando lo conseguimos la puse en la jaula. Bien pronto se reconocieron los dos pájaros: en toda otra circunstancia, el primer cuidado de la madre hubiera sido limpiarse bien; pero era entonces mas urgente para ella visitar á sus hijuelos y darles de comer. Solo despues de cumplir con estos deberes, comenzó á limpiar y alisar sus plumas, lo cual no le fué muy fácil.

»El macho no se manifestó ya tan ardiente; mas el 17 de setiembre, cuando apenas comenzaban á comer solos sus hijuelos, puso la hembra de nuevo; el 5 de octubre nacieron cuatro pequeños, y el 18 de noviembre volvía á poner la madre por última vez. Poco despues murió, probablemente de aniquilamiento, y entonces sentí no haber separado antes á los dos pájaros; pero era tal su cariño que me pareció una crueldad someterlos á tan dura prueba.

»La hembra habia criado así veinte y seis hijuelos, y si suponiéramos otras dos puestas para la prolongada incubacion de cinco semanas, de que antes hice mencion, resulta que habria puesto cincuenta huevos. Desde fines de setiembre á mediados de noviembre del año siguiente no habia hecho mas que poner, cubrir y criar á su progénie.

»Cada puesta es de cuatro á seis huevos, de tamaño regular, forma prolongada y completamente blancos: solo deposita uno cada día; la incubacion dura doce, á contar desde aquel en que pone el último. El desarrollo de los hijuelos es muy rápido desde los diez días; á los quince ó diez y ocho su cuerpo aparece casi enteramente cubierto de pluma; emprenden su vuelo, y se acostumbra muy pronto á comer solos. Los padres les dan el alimento humedecido antes en el buche: al principio, ó sea en los primeros ocho días, prefieren el régimen animal, como por ejemplo, huevos de hormiga. Deben conservar en su buche los alimentos para la noche, pues durante el invierno entran en el nido á las cuatro de la tarde y no salen hasta las siete de la mañana, ó mas tarde si el tiempo es sombrío.

»El plumaje de los jóvenes espermestes, continúa Schlegel, difiere mucho del de los padres: es de un color pardo chocolate uniforme, un poco mas oscuro en el lomo que en el vientre, é indistintamente rayado. Los individuos jóvenes no tienen ninguna de

las plumas blancas ó verdes, de brillo metálico, que adornan el cuerpo de los de mas edad; la mandíbula inferior, azul verdosa en los espermestes adultos, es en los pequeños de un azul negro, como la superior. El cambio de coloracion no se verifica en una muda, sino poco á poco y muy lentamente. Son difíciles de reconocer los dos sexos, si bien parece la hembra un poco mayor que el macho; mejor se distinguen aun por las manchas verde brillante de los costados, que son menos bonitas y grandes en la hembra; pero el mejor carácter distintivo es el que resulta de ciertas costumbres de que hablaré ahora.

»Los testimonios de amor de estos pájaros son particulares, y cómicos á veces: con frecuencia se sitúan uno al lado de otro, oprimiéndose mutuamente; se acarician las plumas y se llaman de continuo; hay momentos en que el macho abre lijeramente el pico y se contonea, siguiendo con el cuerpo el compás del canto que entona. Cuando mas fuerte parece su excitacion, interrumpe aquella danza para saltar de lado sobre el lomo de la hembra; permanece allí un instante, vuelve á brincar, se inclina á derecha é izquierda, le acaricia la cabeza, y repite seis ú ocho veces el mismo manejo antes de cubrirla.

»Lo mismo á los jóvenes que á los viejos, les gusta el calor: siempre elijen en su nido, para descansar, el sitio bañado por los rayos del sol, al paso que los amadinos buscan el lado opuesto. Varias veces volví la jaula á fin de cambiar aquellas posiciones, y siempre mudaron los pájaros de sitio.

»Nada les distrae ni les perturba cuando están ocupados en cubrir ó alimentar á sus hijuelos: si en tales ocasiones movia yo la jaula para ponerla al sol ó á la sombra, ó acercaba mi cabeza al enrejado con el objeto de mirar mejor á los pájaros, permanecian siempre inmóviles; y aunque se aproximasen personas desconocidas y señoras con sus sombreros y adornos, no se inquietaban en lo mas mínimo.

»Solo por esta circunstancia son ya recomendables como pájaros de habitacion, pues una pequeña jaula es suficiente para que se reproduzcan. Acostúmbranse pronto á permanecer sobre una mesa de despacho ó de labor; y cuando por fuera está todo cubierto de nieve y de hielo, nos ofrecen continuamente nuevas escenas de la vida de familia, recordándonos al paso la primavera. Seria muy bueno aclimatar estos bonitos pájaros, convirtiéndolos en domésticos, pues aunque no sean cantores, su ternura conyugal, y la facilidad con que se reproducen, hasta en el invierno, seducirian seguramente á todo aquel que comprende la vida de estos seres, ofreciéndole oportunidad para hacer una série de observaciones interesantes.»

LOS PIRENESTES — PYRENESTES

En el África occidental existen además numerosos amadínidos, entre los cuales figura la especie que ha llegado á ser tipo del género, y á la que consagraremos algunas palabras.

CARACTÉRES.—Los pirenestes son notables por su pico, casi tan grueso como la cabeza, fuerte, cónico, de arista ancha, convexo, y que forma un ángulo obtuso sobre la frente siendo la mandíbula inferior fuerte y alta. Las alas son redondeadas, muy obtusas; la quinta rémige mas larga; la cola tambien redondeada.

EL PIRENESTE PURPÚREO—PYRENESTES OSTRINUS

CARACTÉRES.—Este pájaro es uno de los mayores de la familia: tiene 0^m.16 de largo, el ala plegada cerca de 0^m.08 y la cola 0^m.07. La cabeza, el cuello, el pecho, la rabadilla, las tectrices superiores y la cola tienen un color rojo vivo; el resto del tronco, las alas y la cola pardo oscuro; el pico es negro azulado y las patas pardas.

DISTRIBUCION GEOGRÁFICA.—Escasea mucho este pájaro: las pocas picles que se han podido adquirir procedian de Sierra-Leona y del Astrantée: Du Chaillu le vió en las orillas del rio Moonda.

Nada se sabe de las costumbres de la especie, ni en su estado libre ni en cautividad.